

Taller de escritura

por Emilio Pascual

A Dimas Mas, profesor luciferino.
Repraesentet eas!

Una mañana de invierno neblinosa, aprovechando la hora del recreo, Eulogio Remarque no pudo resistir el guiño tentador de la puerta entornada del patio. El profesor de Literatura les había mandado escribir un cuento. ¡Si por lo menos hubiera sido un cuarteto! En los de viento, Eulogio era único. Y en los de rima pura, había salido discípulo aventajado de aquel poeta que yacía en el infierno quevedesco, «aherrojado y con más penas que todos», por su afición a la rima contundente, como aquella vez en que

«dijo que una señora era absoluta, y siendo más honesta que Lucrecia, por dar fin al cuarteto, la hizo puta».

El profesor de Literatura les tenía dicho que la inspiración rara vez venía voluntaria: había que salir a buscarla a las calles

«donde habita la turba de las gentes de rudas manos y de oscuros nombres...».

En una palabra: que había que sudarla. Y Eulogio Remarque, aprovechando el guiño de la puerta, la niebla matinal y el frío de diciembre, decidió hacer músculos y sudar la letra gorda. Salió a la calle.

* * *

«Puto el que lo lea.»

No acababa de semigarrapatear el rabo de la *a* en la luna del escaparate, cuando una mano firme y decidida lo agarró por la pelambreira (¡lo sabía, lo sabía, por qué no me cabezarraparía la semana pasada!) y lo introdujo en la tienda. La puerta se cerró tras el agresor (¿o debería decir *ingresor*?), y Eulogio se vio en una librería de viejo, rodeado de libros y papeles, y asaeteado en silencio por la mirada penetrante del librero. A juzgar por la energía de sus manos, no podía tener más de cincuenta años, aunque medio siglo para Eulogio era sinónimo de Matusalén, conociera o no la capicuedad del patriarca bíblico. Apoyado en la puerta, el librero, viejo o no según el punto de vista, le espetó:

—¿Has visto *La vida de Brian*?

Eulogio Remarque lo miró con unos platos hondos rebosantes de signos de interrogación.

—¿Has leído *El tesoro de Fermín Minar*? —volvió a preguntar el viejo, imperturbable.

Los platos llanos aparecieron repletos de adverbios de negación.

—No te preguntaré si sabes latín: sería un pleonasma.

Eulogio Remarque estuvo a punto de pellizcarse (ya sabéis, para saber si estaba despierto), pero no lo hizo porque era un recurso más sobado que las perlas odontológicas. Tampoco lo necesitó, porque de pronto el cincuentón o mediosiguelo le dijo:

—Vamos a ver. ¿Qué intentabas: ensuciarme el escaparate o llamarme guarro?

Eulogio Remarque apenas logró bal-

bucear un pronombre con puntos suspensivos.

—Verás —prosiguió el librero—: no puedo hacer pedagogía contigo, porque, salvo el pelo, no sé por dónde agarrarte. Si te hago escribir quinientas veces en la luna «puto el que lo lea», ni siquiera sabrás si me falta originalidad o es que me estás limpiando la vitrina. Pero vamos a hacer un experimento. Aunque supongo que supones que el latín es una lata pequeña, igual hasta te atreves a traducir este pequeño sintagma de Cicerón: *putissima oratio*.

Eulogio Remarque tuvo la traducción a flor de labios, pero un sentido no numerado, de alarma o de prudencia, lo contuvo a tiempo.

—Es una trampa —dijo.

—¡Bravo! Todavía podremos hacer algo de ti. *Putissima oratio* significa, en efecto, «estilo muy correcto», y a sus discursos más pulidos y trabajados Cicerón los llamaba *putissimae orationes meae*. Ya ves: *putus*, *puta*, *putum* aludía en latín a la pureza, la limpieza y la corrección. Y, sin embargo, no tiene nada que ver con lo que tú escribías. Mira que son caprichosas las palabras, ¿eh? Pero ¿por qué me estabas *puteando* el cristal?

—Esque el profesor de literatura nos ha mandado escribir un cuento y a ver los libros en el escaparate he escrito lo primero que se me ha ocurrido —acertó a decir Eulogio sin respirar.

—¡Así que era eso! —dijo el librero con una pícaro sonrisa—. ¡Espero que tu profesor no se llame Manuel Leguna Belluz...!

—No. Se llama Juan Pérez.

—¿Zúñiga?



QUELOT.

—No, Gómez.

—Entonces estamos salvados. Conque un cuento, ¿eh? ¿Sabes que en esta librería, aparte de libros de todas las edades, tengo una máquina cuentacuentos?

—Anda ya.

—No anda, está parada. Para que se ponga en marcha hay que introducirle datos; ella los elabora, «revolviendo en su memoria laberintos, retruécanos, em-

blemas», como una lavadora; al final de la revolución, apretamos la tecla, y ya está. ¿Probamos?

Eulogio Remarque lo miró con unos platos de postre llenos de dudosos adverbios de afirmación. El libre librero abrió la puerta en que seguía apoyado, colocó por fuera el letrero que decía «CERRADO POR INVENTARIO» y se sentó ante la mágica prodigiosa.

—Pues vamos allá. Lo primero, el per-

sonaje. ¿Te parece un chico de tu edad, condición y ejercicio?

—Y ¿cuál es mi condición y ejercicio? ¿Y por qué tiene que ser un chico? Quiero que sea una chica.

—¡Marchando una de chica! —tecleó en la máquina menos maravillosa que os podáis imaginar, pues tenía toda la pinta de un ordenador antebillgatesiano—. ¿Guapa, fea o indiferente?

—No hay dieciocho años feos —citó

Eulogio sin saber—. Pero puede tener dieciséis y la cabeza rapada.

—¿Una cabeza rapada? —preguntó sorprendido el librero.

—No he dicho que sea *una* cabeza rapada —parodió Eulogio, cada vez más animado—. Sólo he dicho que se rapó la cabeza.

—¿Con qué objeto? ¿Va a ser una historia erótica? Quizá no sepas que las antiguas cortesanas egipcias se rapaban la cabeza, cosa que debía de producir una excitación que se nos escapa. ¡No querrás hacer de ella una puta! Vaya, no parece sino que estamos abonados a la palabreja.

—Pues no. Se rapa la cabeza por llevar la contraria a todo el mundo. Es rebelde porque el mundo la hizo así.

—¿Hasta la máquina parpadea de asombro! —dijo el librero, que seguía introduciendo datos mientras empezaba a tararear una vieja canción—. ¿Alguna aventura especial?

—Un día en clase, no sé de qué se reía, porque ella es muy alegre, ¿sabe?, el profesor de Literatura, que la odiaba por su libertad, le dijo: «¿De qué te ríes con esa cara de hiena?». Y ella le contestó sin inmutarse: «De ver la tuya de perro pachón». Naturalmente la echó de clase.

—¿Ostras! Esto se pone interesante. La suspendería, claro.

—No pudo, porque, el día del examen, ¡se lo hizo en verso!

—¿Me dejas de piedra pómez! ¡Se va a cortocircuitar hasta la máquina! Sigue, sigue, que me tienes en ascua viva. Habrá que meter algo de amor, ¿no?

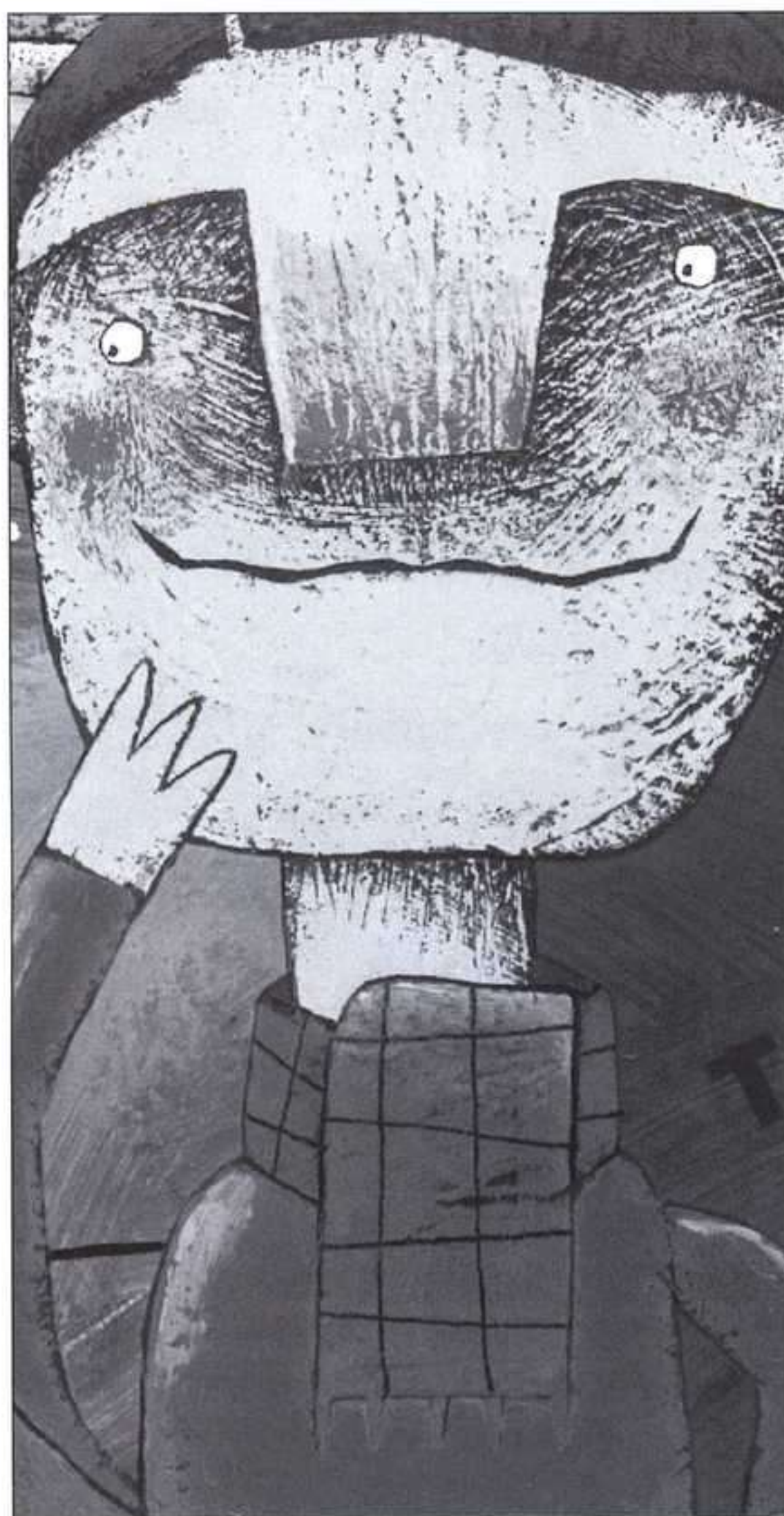
—Lo tenemos un poco jodido, porque, aunque está como un queso, avienta a los subnormales que se le acercan, con su corrosivo ingenio... y con sus llaves de yudo. Porque tiene unas piernas brutales, pero puede cruzarlas de modo brutalmente peligroso.

—¿El espíritu de las nueve musas habla por tu boca! ¡Hasta la luna vieja llora de emoción! —tecleaba a matacaballo el librero, que iba cambiando de color—. ¡Tu profesor estará encantado contigo!

—Mi profesor es un capullo, y ella lo sabe. Porque el otro día, como empezó a hacer frío, se compró una peluca que le produjo el efecto Gran Hermano.

—¿Y eso qué es?

—Debería tener aquí un televisor en vez de ese trasto.



QUEJOT.

—¿Trasto llamas a este cráneo privilegiado? De desagradecidos está el mundo lleno. Este trasto te está cambiando la vida. Deberías saber que el alumbrado tiene el corazón azul y «que aunque el mundo conserva sus abismos y todo continúa, el mundo y yo no somos ya los mismos». Ni tú tampoco. ¿Qué es el efecto GH?

—Pues que, cada vez que se pone la peluca, es como un gran ojo que todo lo ve, hasta lo que se esconde en los sótanos de las casas.

—Ah, bueno, te refieres al síndrome diablicojuego. O sea, «el mundo por dentro» —hizo una pausa sosegada y añadió—. Más viejo que el andar a pie.

—Pues lo que ve en los trasteros de vuestro mundo es bastante moderno: políticos que te engañan, banqueros y comerciantes que te roban mientras te tutean afectuosamente, profesores que te injurian y suspenden por no haber leído lo que tampoco han leído ellos, escritores chismosos que mienten más que hablan, antiguos esclavos que esclavizan y emigrantes que han olvidado que lo fueron, padres que... mejor me lo callo. Diríase que todos viven en la calle de la Hipocresía y que no hay nadie casi que no tenga, si no una casa, una habitación en ella. ¡Qué diferentes son las cosas del mundo de como las vemos!

—¿Quevedo ha hablado por su boca, bendita sea! —dijo el librero, tecleando con un ardor que hacía soltar chispas al artilugio a riesgo de electrocutarse—. ¿Esa amiga tuya se llama Teresa?

—No, Úrsula.

—Lástima. Podríamos haber titulado este cuento de cuentos «Canto cuarto a Teresa». Lo dejaremos en «Cantocuento de Úrsula». ¿Y qué hacemos con la peluca?

Eulogio debió de recordar algo, porque de pronto se quedó perplejo y pensativo, mientras al librero le temblaban las manos de impaciencia.

—¿La hemos hecho buena! ¡Vaya mierda de cuento que va a salir!

—¿Y eso?

—¿No ve que la peluca *también* es falsa? ¡Era una peluca postiza!

—¿Pues qué esperabas? Las pelucas y los pedagogos son como los frailes: haz lo que dicen pero no lo que hacen.

En aquel momento se fue la luz, y la máquina hizo *¡bluff!*

Eulogio Remarque se encontró ante la vitrina de la librería, con el dedo a punto de escribir una P, cuando vio al otro lado de la luna un cuadernillo, no sé si en letra gótica o de botica, intitulado *Cantocuento de Úrsula*.

* * *

«Entonces —concluyó Eulogio— el viejo me dijo: Forzoso es que descanses. Que el choque de tantas admiraciones y tantos desengaños fatigan el seso, y temo se te desconcierte la imaginación. Reposa un poco para que lo que resta te enseñe y no te atormente.»

Silencio en la clase.

—Un poco traído por los pelos... —dijo por fin el profe.

—¿Por qué pelos? —interrumpió Eulogio—. Pero si no los tenía...

—Yo no he entendido nada —dijo Teresa.

—Qué vas a entender llamándote así. Si por lo menos te llamaras Úrsula...

—Yo creo que ese cuento no lo has escrito tú —dijo Vicentín—. Si no te sabes ni la mitad de las palabras que pone...

—¿Y para qué está el narrador omnisciente, subnormal? ¿Todavía no te has dado cuenta de que estuve en un taller de cuentos, so capullo?